

Luis Miguel Pino CamposUniversidad de La Laguna
lpino@ull.edu.es*En torno a persona, democracia
y sacrificio en María Zambrano
(y un anexo)**About person, democracy and sacrifice
in María Zambrano
(and an appendix)***Resumen**Recepción: 21 de agosto de 2018
Aceptación: 20 de noviembre de 2018*Aurora* n.º 20, 2019, págs. 72-99

María Zambrano publicó en 1958 (Puerto Rico) la primera edición de su libro *Persona y democracia* a la que, a partir de la segunda edición (Barcelona, 1988), le añadiría el subtítulo de *La historia sacrificial* y un prólogo. Dividió el libro en tres partes, que tituló así: I: Crisis en Occidente; II: La tesis de la historia occidental: el hombre, y III: La humanización de la sociedad: la democracia. Nuestro estudio comenta el contenido del libro y hemos prestado atención especial a dos temas: las referencias al Mundo Clásico, sobre todo lo concerniente a Grecia y Roma, y las referencias a su maestro José Ortega y Gasset como punto de partida de algunos de sus pensamientos. El estudio finaliza con un anexo, en el que hemos recogido las correcciones que Zambrano hizo a mano en un ejemplar de la primera edición.

Palabras clave

María Zambrano, José Ortega y Gasset, persona, democracia.

Abstract

In Puerto Rico, María Zambrano published the first edition of her book *Persona y Democracia* (1958), which from the second one (Barcelona, 1988) included the subtitle *La historia sacrificial* and a new prologue. She divided the book into three parts, entitled: I. The Western crisis, II. Thesis of Western history: man, and III. The humanization of society: democracy. In this paper the contents of the book are commented upon, with emphasis on two subjects: the references to the Classical World (Greece and Rome in particular), and Zambrano's teacher Jose Ortega y Gasset as the starting point of some of her thinking. The paper concludes with an appendix, which comprises manuscript corrections Zambrano made in a first edition copy.

Keywords

María Zambrano, Jose Ortega y Gasset, person, democracy.

I. Introducción

En el año 2018 se está conmemorando el sexagésimo aniversario de la publicación del libro de María Zambrano Alarcón (Vélez-Málaga, 1904 – Madrid, 1991) titulado *Persona y democracia*, libro que había finalizado el 23 de julio de 1956, y que fue publicado en Puerto Rico dos años más tarde. La autora vivía en Roma desde 1953. Se hizo una segunda edición en 1988 (Barcelona, Anthropos) y otra en 1996 (Madrid, Siruela). En estas dos nuevas ediciones se añadía al título el subtítulo *La historia sacrificial* y un prólogo fechado en Madrid, en julio de 1987.

Hablar de los tres temas complejos que titulan estas páginas (persona, democracia y sacrificio) tiene el hilo común de constituir una historia del hombre de Occidente desde las perspectivas política, social y parcialmente religiosa, entendiendo este tercer calificativo en el sentido genuino de su etimología: ‘el que se ocupa de lo debido’.¹

Si quisiéramos entender bien el significado que estos tres sustantivos han adquirido para el hombre actual, necesitaríamos hacer el recorrido histórico de sus respectivos significados, lo que desbordaría los límites de este pequeño estudio. Con el fin de no exceder el espacio disponible, sintetizaremos nuestra explicación diciendo solo lo esencial de los tres términos y señalando su confluencia en el libro de María Zambrano que nos ocupa.

La autora malagueña escribió casi toda su obra como si fueran fragmentos de su pensamiento, cuyo inicio podría haber sido otro diferente del ofrecido, pero cuyo final era el que irremediamente surgía como consecuencia necesaria de su discurrir filosófico. Fue así como concluyó en 1934 su ensayo *Hacia un saber sobre el alma*, que no era su primer escrito, pero sí el que la consagró en el ámbito de la filosofía, uno de sus *senderos* (tenía entonces treinta años). Y aunque la reacción de su maestro y profesor José Ortega y Gasset al recibir ese ensayo y leerlo fue la de sorpresa, es cierto que no podía comprender cómo ella, su alumna y colaboradora en la cátedra en esos momentos, había sido capaz de elaborar un ensayo tan profundo y trascendente, inhabitual entre los varones que lo rodeaban, ensayo que ella le entregaba por si él estimaba conveniente publicarlo en la *Revista de Occidente*. Ortega debió leer aquel escrito varias veces y algo positivo hubo de ver cuando lo publicó en el número siguiente. Que esa relación no se rompió nunca del todo, aunque ella creyera que sí, lo prueba el hecho de que es el mismo Ortega y Gasset el que vuelve al mito clásico y al alma en los últimos años de su vida, cuando ya se había confirmado el fracaso de algunos de sus proyectos y cuando escribe los ensayos titulados *La idea de principio en Leibniz...* (1947) o *El hombre y la gente* (1949-1950): mito clásico y alma, dos aspectos de su obra inicial que recuperó en sus últimos escritos, mientras que, en el caso de María Zambrano, no fueron abandonados nunca.

1. Recuérdese que «religión» no deriva del verbo latino «*re-ligo*» < «*religare*» (primera conjugación, tema en «-a»), sino de «*re-lego*» (tercera conjugación, tema en consonante gutural), de donde procede «*re-lig-ios-us*», cuya acepción se entiende mejor cuando se analiza su contrario: «negligente» (*nec-lig-ens, nec-lig-ent-is*). Si «negligente» es ‘el descuidado, el despreocupado, el que no se ocupa de lo que debe ocuparse’, el «religioso» es su opuesto, ‘el que se cuida de sus deberes, el que se pre-ocupa y se ocupa de lo que debe, el que hace lo que tiene que hacer’.

2. La adición del prólogo

En el prólogo (Barcelona, 1987) añadido a partir de la segunda edición María Zambrano introduce una reflexión en la que distingue, por un lado, la situación que se vivía en los años de redacción del libro (1955-1956) en el ámbito de la cultura occidental, cuando los conceptos de democracia y progreso compartían la *aspiración de la sociedad*, y, por otro, la situación que se viviría treinta años después, cuando se publicó la segunda y sucesivas reediciones, en los que ya no se concebía la democracia como una «revelación del sentido de la historia como sacrificio», consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, sino que, pasada una generación, la sociedad había cambiado al considerar que la democracia era el único camino por el que Occidente podría proseguir con su propia cultura sin sacrificios, sin nuevas víctimas. Pero la paz que se respira en algunas naciones no es general; sigue habiendo conflictos bélicos y la tensión por las amenazas continúa viva.

Hemos de entender que el factor que ha cambiado en la sociedad actual, en nuestros días —una segunda generación más desde 1987 (estamos en 2018)—, es que la sociedad, la cultura occidental, ha perdido la conciencia, el sentido de que la historia humana tiene —o, al menos, ha tenido hasta ahora— una estructura sacrificial, ha costado sangre, a lo que Zambrano añade que ella desde el comienzo de su vida, cuando aún no era consciente de ello, había ido en busca de una «religión de régimen no sacrificial», pero el sacrificio ya se había cumplido y no se habían obtenido los frutos que de este sacrificio se habría esperado. En lugar de sacrificio, la sociedad actual ofrece un cáliz, cuyo vino muy pocos están dispuestos a aceptar.

Frente a la claridad que ha caracterizado al hombre de Occidente, hoy este hombre occidental aparece huérfano, con nuevos dioses oscuros, extraños; falta en la actualidad la claridad helénica de los orígenes, pero sin sacrificios, sin dioses, sin nostalgia y sin esperanza. Hay que esperar, o mejor dicho, no hay que desesperar de que se repita un nuevo *fiat lux*, que aparezca el «espíritu creador», una fe nueva. Este libro es, sintetizará Zambrano, un testimonio de lo que pudo ser la historia y no ha sido: un triunfo glorioso de la *vida*.

3. El vínculo de Zambrano con Ortega y Gasset: la historia

3.1. El libro que nos ocupa analiza los conceptos de «democracia» en cuanto sistema político en el que la convivencia es posible gracias a los acuerdos que se toman por la mayoría de ciudadanos, y, en segundo lugar, de «persona», en cuanto esta es una unidad indivisible dentro de la sociedad, dotada de libertad y de capacidad decisoria. María Zambrano empieza su primer capítulo hablando de la «conciencia», de tener conocimiento de algo y al mismo tiempo conocer todo cuanto rodea y concierne a ese algo. Mas el concepto de conciencia que le interesa no es el general, sino el de «conciencia

histórica», que es lo característico y diferenciador del hombre. De ahí que resuenen en sus palabras algunas reflexiones de Ortega, cuando hablaba de la vida y de la historia, de las razones vital e histórica:

El hombre ha sido siempre un ser histórico. Mas hasta ahora la historia la hacían solamente unos cuantos, y los demás sólo la padecían. Ahora, por diversas causas, la historia la hacemos entre todos, la sufrimos todos también y todos hemos venido a ser sus protagonistas.²

3.2. En verdad, unos siguen siendo más protagonistas que otros, pero Zambrano se está refiriendo a los hombres actuales, que sí protagonizan los cambios de la sociedad. Ecos de la historia reciente son los que Zambrano señala cuando afirma que la multitud, el pueblo, ha intervenido en la historia de Occidente no solo como individuos anónimos bajo los imperios, sino también, recientemente, en las democracias como ciudadanos, como ha sucedido en las dos guerras mundiales. Participación activa o pasiva, voluntaria o forzosa, lo de menos era la causa o el pretexto, y, en cualquier caso, se trataba de una participación, en la que los hombres habían sido llevados a la guerra muchas veces sin saber el porqué ni por quién.

Hasta ahora la realidad que el hombre ha vivido a lo largo de la historia ha sido la de que alguien ha decidido por él lo que había que hacer. A partir de ahora el hombre de Occidente «debe extender la conciencia histórica al resto de los que integran esta sociedad, abriendo un cauce a una sociedad digna de esta conciencia y de esta persona humana de donde brota». Se trataría, pues, de lograr una sociedad más humanizada y que su historia, la del hombre a partir de ahora, actuase sin tener que hacer sacrificios a los dioses, sin que aparezca una deidad que exija nuevos sacrificios. Por tanto, el hombre de Occidente quiere ser consciente de las decisiones que le afectan y protagonista de los acontecimientos en los que su vida está involucrada. Cada hombre forma parte de la sociedad y quiere participar en las decisiones; ha pasado ya el tiempo de que otro u otros actúen o decidan por él.

4. Conciencia histórica: Ortega y el mito de Edipo

4.1. María Zambrano no habla de «razón histórica», uno de los lemas de su maestro Ortega, sino de «conciencia histórica», que es lo que, a juicio de Zambrano, la humanidad espera y necesita. Explica que el hombre ha vivido a lo largo de los siglos conflictos manifestados en forma de invasiones, sumisiones, revoluciones, etc., y siempre los ha querido resolver rápida y enérgicamente; ha sido una «pesadilla histórica» que le había impedido distinguir el comienzo de un proceso con la realidad cotidiana.

4.2. Ese error reiterado ha sido comparado con el mito de la Esfinge, el monstruo devorador de todos aquellos que no aciertan la respues-

2. Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Barcelona, Antròpos, 1988, pág. 11.

ta correcta al enigma planteado; esfinge milenaria, que despertará la *con-ciencia* y la idea de *libertad* en el hombre racional frente a la ignorancia y fragilidad del hombre primitivo, del hombre antiguo, y frente al poder omnímodo de los dioses y del destino, hasta el punto de que ese hombre nuevo que aparece ante la Esfinge será capaz de decidir contra los hados y contra los dioses, porque ingenuamente ha «creído» que es libre de hacer todo lo que quiera, incluso contra los vaticinios de adivinos y contra los oráculos, y que es lo suficientemente sabio como para acertar en sus decisiones sin cometer errores.

4.3. Es el mito de Edipo, el mito del hombre que tiene la osadía de *querer* burlar el destino, de querer contradecir la voluntad de los dioses y de sus oráculos, capaz de presumir de ser más inteligente que los mismos dioses; y en ese convencimiento vivirá varias décadas hasta que sea humillado finalmente por la realidad, que no ha sabido comprender con su errónea sabiduría.

4.4. En la vida hay numerosos aspectos de la realidad que se escapan a la inteligencia de un hombre. A Edipo, por ejemplo, le faltó una dosis de humildad cuando creyó que sería capaz de burlar el designio de los dioses: ignorando que había sido adoptado, creía que era hijo de los reyes de Corinto, Pólipo y Peribea, y se consideraba con derecho al trono y a la herencia; consultado el oráculo de Delfos y confirmado que el destino le anunciaba las amenazas de matar a su padre y de casarse con su madre, decidió no volver a Corinto para que aquel oráculo no se cumpliera. En su afán de no incurrir en aquellos dos errores se alejó de Corinto y en un desfiladero no quiso ceder el paso a los viajeros que, en sentido contrario, se dirigían al sur; a consecuencia de su lucha por pasar primero, dado que al ser príncipe de Corinto se consideraba con preferencia de paso, mató a Layo, su verdadero padre (al que no conocía), y a todos sus acompañantes, menos a uno que logró huir y que resultaría ser el criado que lo había entregado, recién nacido, a un pastor de Corinto.

4.5. Es el mito de Edipo —su trágica historia mítica—, la narración de una perplejidad y de una confusión, de una historia mítica que cuenta cómo el hombre es capaz de encontrarse ante la verdad y no percibirla, o que, teniéndola delante, no la ve ni comprende su significado; es una realidad que se mantiene oculta para él, hasta que llega el momento de su revelación o *des-velación* y no encuentra otra respuesta salvo la de atribuir a los designios de la divinidad los errores y delitos cometidos. Es la historia repetida del hombre que se cree ser como Dios, como los dioses.

5. Europa como equilibrio

5.1. Hemos mencionado a Ortega y su razón histórica al hablar de la conciencia histórica de Zambrano. En nuestros días y gracias a los avances de la técnica, de la informática y de las telecomunicaciones se aspira a conocer lo que ocurre en cualquier lugar del planeta, de

manera tal que la historia se ha de entender en sentido vertical, siguiendo el transcurrir de las épocas, de los siglos o de los acontecimientos más destacados, y en sentido horizontal, aspirando a conocer lo que sucede al mismo tiempo en cualquier parte de nuestro mundo. Y es que actualmente sí es posible estar al tanto de lo que sucede en cualquier parte; basta con estar atento a las informaciones que facilitan los medios de comunicación y suplir lo que no se publica o no se quiere publicar en un determinado medio informativo con lo que se publica en otros medios rivales: la competencia y la alternativa son convenientes para formarse una idea más completa de la realidad.

5.2. Para Ortega, Europa consistía en un equilibrio y, si ese equilibrio se rompía, seguramente derivaría en una unidad forzada. No habla Zambrano del posible caos europeo, frente a la Europa de las naciones o la Europa unida, y es que el día en que no haya unión de naciones europeas ni unidad de Europa, esta habrá dejado de existir y pasaría a ser historia. Por eso Zambrano da un paso más que Ortega y habla de un «Destino» y de un «Guía invisible» que van construyendo o encauzando la vida de Europa y de los restantes continentes que forman este planeta. Adquirir conciencia de estos acontecimientos y tener afán por comprenderlos nos libera del peso del «destino» y nos convierte en una comunidad, nos hace convivir con todos los que viven aquí y aun con los que vivieron; hablamos ya de una «comunidad planetaria» que, guiada, va en busca de un destino nuevo: en nuestro mundo se trata de convivir, que es sentir y saber que nuestra vida está abierta a la de los demás, cercanos o lejanos, porque cada acontecer repercute en todos los demás y porque la vida es también un sistema en todos sus estratos. Ese sistema es el que constituye el «género humano».

5.3. Es la condición esencial de la persona humana,³ que, a veces, sentimos tan cerrada, incomunicable, hermética. La persona vive en soledad, por eso a mayor intensidad de vida personal, mayor es el anhelo de abrirse y de vaciarse en algo: y este abrirse o darse a otro es lo que desde antiguo se ha llamado «amor». Amor que se manifiesta en numerosas dimensiones: amor a una persona, a la patria, al arte, al pensamiento, etc. Es esencial a la soledad personal el ansia de comunicación y algo más que es difícil definir por tratarse de un recinto cerrado que constituye lo más valioso de la persona: un punto, un fondo solidario con todo el resto, que hace que nos sintamos completamente solos, pero sin perder la conciencia de que existen otros como nosotros; ese punto oculto, profundo, donde se oculta nuestro «yo» invulnerable es lo que Zambrano considera «rodeado del alma y envuelto en el cuerpo». Al medio en el que ese punto está o vive lo llama Zambrano «el tiempo», el tiempo que nos envuelve, el tiempo que nos comunica y nos separa, porque el hombre convive en el tiempo.⁴ Pues bien, seguirá Zambrano describiendo lo que entiende por tiempo y sus múltiples sentidos: es

3. En este estudio no hacemos mención de la «persona divina», por eso mantenemos la expresión de Zambrano «persona humana», porque posiblemente ella solo quería hablar de la persona-hombre y no de la «persona-Dios» en la figura de Jesucristo.

4. Véase el capítulo «El nacimiento de los dioses», en Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, México, FCE, 1973 [1955], págs. 27-38.

5. Véase Aristóteles, *Política*, 1337b.

continuidad, herencia, consecuencia, transformación... Su múltiple estructura permite que lo entendamos como pasado, presente y futuro, y estas tres dimensiones existen simultáneamente como tales. Además, está el tiempo de las relaciones con los otros, sea una relación personal, familiar o histórica, el tiempo de la amistad o el tiempo del amor, el tiempo de la intimidad. Y el que más le interesa es el tiempo de la convivencia social.

6. Tiempo de meditación en la Antigüedad

Relacionada con el tiempo y la convivencia social, Zambrano desarrolla la idea de que en la actualidad hay en todo individuo la necesidad de estar solo un tiempo al día, al mes, al año, de vivir un tiempo de soledad, un tiempo de intimidad consigo mismo, cuya práctica se remontaría a la época clásica griega, cuando las clases acomodadas se podían permitir el «lujo» de un tiempo de ocio, un tiempo no dedicado a un oficio o a una profesión, un «tiempo libre» que consagrarían al cultivo del saber desinteresado, a la ciencia, a la filosofía, etc., según recordaba Aristóteles.⁵ Siglos después surgirían los movimientos escépticos, desarraigados de las costumbres y de la religión, los estoicos y epicúreos, que necesitaban ensanchar el espacio de su conciencia ampliándolo más allá de los límites de una nación o de un imperio. Es esa etapa en la que mejor se comprendía la unidad del género humano, pues la mayoría sentía esa misma necesidad de ensanchamiento del espíritu, con la paradoja que representaba el emperador Marco Aurelio (121-180), quien escribía sus *Meditaciones*, sentía la soledad del hombre, de sí mismo como hombre, y cuya conciencia era responsable del pueblo sobre el que gobernaba. Marco Aurelio desplegó su idea de la convivencia en cuatro planos necesarios: familia, sociedad, imperio-universo e individuo.

7. El futuro como tiempo dinamizador

Dedica María Zambrano el último apartado del primer capítulo a hablar de la relación del hombre con el tiempo, del que ha venido tratando en los epígrafes anteriores, en una reflexión que vincula el pasado con el futuro a través del presente y que puede significar el grave peso de la historia que caracteriza a un pueblo inmóvil y sin esperanza, por una parte, o bien al pueblo que se proyecta hacia el futuro sin renunciar a su pasado, por otra. Añade Zambrano la singularidad que representaba en la Grecia antigua la celebración de los Juegos Olímpicos, pues ve en estos Juegos una relación entre el movimiento físico y el histórico, como podría ser el carácter nacional y sagrado que dichos Juegos tenían y su carácter ritual para la ciudadanía. Le servirán como ejemplo para explicar el ritmo del tiempo según haya minorías que abran nuevos caminos hacia ese futuro o, al contrario, minorías que se asusten ante las novedades de otras minorías y prefieran refugiarse en el pasado.

8. Decadencia y apogeo

8.1. Se abre el segundo capítulo con un comentario suscitado por el conocido libro de Spengler, *La decadencia de Occidente*. Zambrano comenta con una ironía inhabitual en ella que este autor había descubierto que las culturas morían... porque en algún momento habían estado vivas. Mas su crítica se refiere a que el libro habla de medias verdades, no de verdades propiamente dichas, seguras, confirmadas y demostradas. Decía Spengler que habían existido muchas culturas que tenían en común su estructura y su proceso histórico o vital, de manera que, como si de un cuerpo humano se tratase, una cultura nacía, crecía y moría, trasladando ese proceso a la sociedad, y así en los dos últimos siglos la burguesía retrocedía y la masa de población avanzaba.

8.2. Ortega había descubierto ese fenómeno cuando escribió *La rebelión de las masas* y apuntó la quiebra de las creencias y la evolución de las ideas, su vigencia y su desmoronamiento. En épocas de crisis el hombre pierde su seguridad y el tiempo se le estrecha, mientras que en épocas de paz y de desarrollo social y económico el tiempo parece durar más y aprovecharse mejor.

8.3. No comparte Zambrano el pesimismo que transmite Spengler ni tampoco el de Ortega, cuando rectifica el dicho de la caída otoñal de las hojas de los árboles, que *caen en el otoño no para que se muera el árbol, sino para que en la primavera florezca de nuevo*. Lo mismo cabría decir del hombre: su historia parece ser una aurora reiterada que no logra alcanzar su cenit, sino que perdura esperando la siguiente primavera, la llegada o aproximación del futuro.

9. El progreso es consustancial a lo humano: Grecia

9.1. El hombre desde su origen ha tenido, tiene y tendrá su propia historia, porque no surgió de manera acabada, sino como un proceso de formación que fue avanzando según las diversas culturas que se fueron desarrollando a lo largo de los siglos. El hombre fue viviendo de una manera natural mientras no descubrió «su humanidad», que era lo que lo diferenciaría del resto de las criaturas naturales. Ese humanismo aceleró su tiempo histórico y el ritmo de su progreso. Grecia, la Hélade, marcó una línea divisoria entre el tiempo cultural de vida y muerte en el momento en que Tales de Mileto inició el pensar filosófico con todas las repercusiones culturales que ello significó, y siete siglos más tarde la llegada de Jesucristo y el cristianismo aportó una esperanza de salvación: una tesis y un proyecto o esperanza que hicieron del hombre antiguo un hombre nuevo, el hombre clásico (y cristiano). Y habrá dos momentos: el de lo propiamente humano y el del humanismo (occidental).

9.2. En el momento propiamente humano el hombre se anuncia y es anunciado; es el mismo hombre el que empieza a darse cuenta de

6. Sus nombres eran Bías de Priene, Cleóbulo de Lindos, Periandro de Corinto, Pítaco de Mitilene, Quilón de Esparta, Solón de Atenas y Tales de Mileto; todos ellos vivieron entre los siglos VII y VI a.C.

7. Véase Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial, op. cit.*, pág. 34.

sí mismo, a percibirse, y ello se comprueba a través del Libro de Job (Antiguo Testamento: preguntas y quejas) y del Libro de los Muertos (Egipto faraónico: viaje de la momia atravesando puertas). Por otro lado, el siglo VI a.C. fue especial porque coincidió que varios autores de distintos pueblos hablaron de una nueva vía para la vida humana: Buda en la India, Lao-Tse en China, los Siete Sabios en Grecia,⁶ etc. Esos caminos fueron abiertos por hombres que vivían en la selva de los dioses, de la naturaleza confusa y en la oscuridad de la mente.

9.3. El descubrir ese nuevo camino es la acción más humana, porque es acción y conocimiento, que implica decisión, cierta fe regulada por una esperanza y que se convierte en voluntad (de saber), lo que es ya una acción moral. Y ese camino es ya pensamiento: andará primero errante, tropezando, equivocándose, hasta que se dé cuenta de que «está perdido» y, adquirida la conciencia de ello, percibirá solo lo negativo. De aquí surgirá la acción de abrir un camino hacia el horizonte *creando* un espacio y un tiempo. Antes todo estaba lleno de dioses y de cosas, de preceptos y de ideas (en tiempos de Descartes), hasta que aparece una finalidad: no solo un *qué cosa* y un *porqué*, sino también un *para qué*. Esos caminos y las preguntas que implican terminan creando una cultura. Así surgen las épocas de plenitud. Una de ellas fue la época del Imperio romano, bajo la cual podríamos decir que aún estamos en algunos aspectos de nuestra vida, aunque se transforma al ritmo de las cambiantes circunstancias. Dirá Zambrano que esta historia, esta evolución del hombre desde el siglo VI a.C., dibuja el laberinto de la esperanza humana.⁷

10. Las tres etapas del nacimiento del hombre occidental

El alba humana tiene también como protagonista a un hombre mítico, singular, como es el antes mencionado Edipo. En el desarrollo del hombre se deben asumir las tres dimensiones del tiempo: sin olvidar el pasado, porque la luz del presente viene del pasado, el hombre occidental lo purifica y libera de cuanto no es esencial; y desde el presente que ha incorporado el pasado el hombre occidental se proyecta hacia el futuro, que es como su vocación (el hombre occidental —decía Ortega— se caracteriza por mirar hacia el futuro, a diferencia del oriental, que mira o —diríamos hoy— miraba hacia el pasado). De nuevo la imagen de la Esfinge edípica aparece como el símbolo que representaba el desafío de la cultura antigua en el que nació el hombre occidental. Este sería secundado por una realidad histórica, la de Sócrates, quien asumió con su vida la afirmación de su conciencia frente al poder político; por cierto, poder político de una democracia que lo condenó a muerte. Han sido tres momentos que han definido al hombre de Occidente:

- Primero, una victoria del hombre racional cuando Edipo, aún personaje mítico, ignorante de su verdadera identidad, se enfrentó al monstruo (la Esfinge) para introducir la superioridad humana y racional.

- Segundo, cuando frente al poder político y la polis, Sócrates mantuvo la verdad y su conciencia personal, aunque le costara la vida.
- Tercero, cuando el hombre se presenta encarnado en su filiación divina a través del Dios-Hombre: Jesucristo.

Tres momentos que pueden reducirse a dos: la revelación del hombre racional, natural y libre, y la manifestación divina del Dios hecho hombre. Mas esta manifestación del nuevo hombre costó sangre y una vida con alternancia de etapas oscuras y luminosas. Así se fue abriendo paso el humanismo, sin que ese humanismo haya alcanzado a ver de un modo pleno y suficiente. Por eso, el hombre de Occidente ha recaído en errores y en crímenes. Ante lo cual Zambrano concluye que es hora del conocimiento, hora de convertir la historia trágica en historia ética (véase el epígrafe 15).

II. Historia y tragedia

El capítulo tercero se abre con la célebre sentencia que Esquilo incluyó en su obra titulada *Agamenón*, en cuyos versos 174-178 leemos:

Así que si alguno entona cantos triunfales en honor de Zeus,
conseguirá la perfecta sabiduría.
Porque Zeus puso a los mortales en el camino del saber
cuando estableció con fuerza de ley
que *se adquiriera la sabiduría padeciendo*.

De donde se concluye que todo conocimiento requiere el esfuerzo humano. Para Zambrano, ha habido tres momentos en la historia en los que ha existido armonía y transparencia en la vida del hombre occidental: primero, en la etapa romana de la Pax Augusta, en la que la historia y el hombre aparecían sincronizados; algo parecido sucedió también entre mediados del siglo XVII y el segundo tercio del XVIII, época del Barroco y del Neoclasicismo, como lo fue también, en tercer lugar, en el periodo del liberalismo entre finales del siglo XIX y comienzos del XX hasta la Primera Guerra Mundial. Mas esas épocas de remanso terminaban en las revueltas de quienes no habían sido protagonistas de aquella paz. El saber de esas épocas era ilusorio o limitado, nunca general. Solo cuando sucedía una catástrofe, surgía el saber, el saber trágico, pues era un saber que alcanzaba únicamente a los que habían podido padecer con lucidez. Zambrano recuerda a Ortega y menciona su teoría de las generaciones, según el ritmo que la vida adoptara en cada una de ellas. Solo cuando el cambio de esas generaciones era violento, estas se consumían sin continuidad. En opinión de Zambrano, la historia trágica de Occidente es debida a la historia, no a cómo se han sucedido los tiempos, sino al hecho de que el hombre de Occidente *ha querido hacer la historia*, ha convertido su tiempo en acción dramática, y por

esa voluntad del hombre la historia ha sido hasta ahora trágica. Como aconsejaba el dramaturgo ateniense, la tragedia se resuelve marcando un límite a la voluntad, al ímpetu, al entusiasmo, y siguiendo el precepto oracular de Delfos: «Nada en demasía».

12. La persona y la máscara

En un denso epígrafe titulado «El ídolo y la víctima» Zambrano reconoce que no es fácil que la sociedad pierda su constitución idolátrica, pues ello implica sacrificio; pone varios ejemplos, como el veneciano palacio del Dogo, que era también al mismo tiempo mazmorra, o casos de nobles europeos o reyes destacados que terminaron siendo ejecutados, entre otras razones, para calmar la impaciencia del pueblo (tal es el caso del español Rodrigo de Calderón o del rey Luis XVI en Francia).

En el misterio central del cristianismo, es Jesús de Nazaret, Dios y hombre a la vez, el que se hace víctima, porque, a pesar de ser divino, será condenado a morir: un Dios trinitario que es condenado a morir para calmar y satisfacer la sed vengadora de la masa popular.

Zambrano llama la atención sobre la historia trágica que se mueve con personajes enmascarados para poder actuar. Si así ha ocurrido en la historia, Zambrano entiende que la historia no debe ser una representación o un simulacro, sino una acción humana auténtica, sin ídolo y sin víctima. Será Dioniso, el dios de la historia y de la representación trágica, de la danza y del mimo, de la máscara —una vez más Grecia—, el que simbolice que solo tras una máscara el crimen se puede ejecutar, el crimen ritual que la historia ha justificado hasta ahora, o no lo ha condenado al menos. Y no solo es el dios Dioniso el que, embriagado, preside la tragedia; le acompaña también el concepto de *hybris*, la insolencia, el exceso, el desbordamiento de los justos límites, lo que ha llevado y todavía lleva al hombre a rebasar cualquier límite humano, porque ese hombre olvida o desdén su condición humana y actúa como si fuera un ser superior, como un «supermán», un superhombre, que cree ser más que hombre, más que humano, como si tuviera un segundo nacimiento. Cuando la representación pierde su carácter de drama, de acción artificial, y el hombre *cree ser el que quiere ser* —como explica muy bien Ortega en *Meditaciones del Quijote*—, el personaje heroico se hace trágico, porque no es el desarrollo natural de la vida, sino su voluntad la que fuerza una acción ejemplar que desemboca en un trágico fracaso.

Por eso la representación de los héroes del teatro solo puede ser trágica, porque hay un acto de voluntad del héroe para ser lo que él quiere: Edipo no se considera heredero del reino de Tebas, pero la ciudad le ofrece el puesto y él lo acepta voluntariamente. Antígona no cumple la condición requerida para sepultar el cadáver de

Polinices, quien ha asaltado y destruido la ciudad, aunque tenga la condición de ser su hermana; pero voluntariamente y por propia iniciativa, Antígona emprende el acto constitutivo del delito penado con la muerte.⁸

Y es que Zambrano reconoce que esos excesos, también los absolutismos, olvidan la limitación que implica el ser persona (humana) y desdeñan la suprema grandeza del hombre, que no estriba en función alguna, sino en ser enteramente persona. La diferencia está en que el personaje, por muy histórico que sea, es un papel dramático que representamos, mientras que persona lo somos. Así pues, para Zambrano la finalidad de la historia misma y su valor más alto será la revelación de la persona humana, de tal manera que *el día en el que todos los hombres lleguen a vivir plenamente como personas, habrán encontrado su lugar natural en el universo, «su casa»*.

13. Historia y juego

Zambrano cierra la primera parte de este libro recordando que la historia tiene algo de juego, porque, en cierto modo, la historia es como la tragedia, un *agón* que diría el griego, una disputa, un debate dialéctico se diría hoy, en el que se juega según la edad con diferente actitud: mientras reconoce que el niño está lleno de sí mismo y que cuando juega está ensimismado en el juego, de forma tal que la infancia suele transcurrir llena de historias que resultan oscuras, poéticas o mágicas, al hombre maduro, que ha alcanzado un alto nivel de experiencia, no le resulta difícil comprender lo que acontece, de manera tal que puede explicarlo o disponer lo conveniente para que no se repita. En palabras de Zambrano, el sabio antiguo tenía la función «no declarada» de neutralizar las historias, como si ya todo le hubiese sucedido antes. Y ha habido casos singulares, en los que han pasado las menos cosas posibles, como en tiempos de Augusto, Adriano o Marco Aurelio: han actuado para calmar la velocidad de los hechos, de las guerras, de sus hazañas o de sus glorias, como si hubiesen querido establecer una *pax perpetua* que permitiera vivir humanamente. Se da la paradoja de que el niño vive permanentemente creando historias que irá olvidando con el paso del tiempo, mientras que al hombre maduro las cosas que le pasan apenas cuentan ya.

Por su parte, el adolescente representa historias reales o inventadas, pero las esconde al no tener madurez suficiente para asumir la verdad. Su vida transcurre entre realidad y ficción; cree que es el único al que le sucede lo que le está pasando, cuando eso mismo le está ocurriendo a todos o a casi todos los de su generación; es una etapa en la que se desarrolla el sentido de culpabilidad y se avergüenza al comprender que ha de dejar de ser el niño que era. Ahora, como adolescente, quiere ser singular, aventurero, *héroe*, pues entiende que su vida hasta ese momento, mientras era aún niño, era irreal (un juego). Por eso algunos adolescentes reaccionan con cierta

8. Permítaseme recordar un hecho histórico que cuenta Plutarco, referido a que cuando la expedición de la Liga marítima ático-délica atacó la isla de Samos en auxilio de Mileto, siendo Pericles el jefe del Gobierno ateniense, de la Liga y de la expedición militar, ya entonces casado o unido a Aspasia (de Mileto, casualmente), le acompañaba como uno más de los estrategos-jefes Sófocles, autor de la tragedia *Antígona*. Si en esta tragedia se denuncia la condena de insepultura del cadáver de un jefe invasor (Polinices), de la derrotada Samos cuenta el historiador Duris que Pericles ordenó la condena a muerte de generales y marineros samios, tras tenerlos atados a postes durante diez días, por medio de un golpe en la nuca para que no derramara sangre y que sus cuerpos permanecieran expuestos en el ágora de Mileto para ser devorados por perros y aves de rapiña. Lo que quiere decir que la acción trágica representada por Sófocles en su tragedia o fue un precedente de lo ocurrido después históricamente, o era una condena habitual entre los griegos. (Véase Plutarco, *Vidas paralelas*, II: *Pericles*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos n.º 215, 1996, pág. 484).

agresividad o buscan ser protagonistas de su propio vivir. Zambrano se pregunta si no sería conveniente integrar las tres formas de ser según las edades (ensimismamiento infantil, acometividad juvenil y serenidad del maduro) para que el hombre neutralizara las «demasiadas» de la historia. El que no se dé esta propuesta es, según Zambrano, porque en nuestra civilización aún no se da un itinerario íntegro de la persona humana, una Ética en marcha que sea itinerario del ser persona por medio de la historia.

14. Antiguo Testamento y Grecia

En el capítulo primero de la segunda parte del libro, Zambrano vuelve a plantear de forma similar la cuestión del hombre de Occidente a partir de sus raíces bíblicas y de la cultura griega.

En efecto, aparte de los principios del Dios revelado, de la definición de Dios como «Soy el que es», de creador del mundo y autor del hombre «a su imagen y semejanza», hay en el Antiguo Testamento una intervención del hombre representado por Job y su queja ante Dios: porque el nacimiento es oscuro, porque ha de morir y porque tiene que soportar la injusticia. Zambrano explica que hay algo positivo en esta situación: es la existencia real, verdadera, de Job y con ello la aceptación de la condición humana, aunque fuera en condiciones de indefensión y de miseria; pero, al menos, con Job quedaba reconocida la existencia del hombre como una criatura creada.

Por otra parte, en Grecia es la tragedia representada ante el público la que sirve de vehículo de enseñanza y divulgación cuando presenta ante la ciudad el conflicto del hombre, indefenso y humillado, frente al poder caprichoso de los dioses. En la tragedia de Esquilo *Prometeo encadenado*, es este titán el que aparece como defensor del género humano frente al poder omnímodo de los dioses, en particular, de Zeus, cuando Prometeo roba el fuego de Hefesto, símbolo de las artes, y solo será mediante el chantaje del dios Océano —quien conoce un secreto perjudicial para Zeus— como este logre calmar su deseo de venganza. Obra simbólica, significa la indefensión natural del hombre primitivo y su necesidad de ayuda por parte de alguna divinidad o de su propio ingenio, para poder disponer del fuego que no solo le dará abrigo, sino también le proporcionará el desarrollo de las artes (profesiones). Así pues, sea en la Biblia con la historia de Job, o sea en la tragedia griega con la ignorancia, el hombre necesita la ayuda divina o sobrehumana para lograr sobrevivir a su indigencia.

Ya hemos hablado en los epígrafes anteriores de Edipo y de su significación trágica y humana: trágica, por la contradicción o por el enigma que surge ante él a cada paso que da; humana, porque es «inocente» pero, paradójicamente, cree saber lo que realmente desconoce, está en un error y solo la tragedia le desvela la verdad (mató a

un hombre, se casó con una mujer, vivió con unos padres; pero al que mató, era su padre «verdadero» y no lo sabía; con la que se casó, era su madre y también lo ignoraba; los padres con los que se crio no eran sus verdaderos padres y no lo supo hasta que fallecieron). Así pues, la tragedia de Esquilo significa la ayuda de un ser semidivino para que el hombre pueda sobrevivir con su inteligencia, esfuerzo y trabajo; la tragedia de Sófocles significa que el hombre por sí solo, incluso con la revelación de los oráculos divinos, tropieza y se equivoca, porque ha creído que sabía lo que realmente ignoraba. Y de nuevo Zambrano recuerda los versos de Esquilo en su tragedia *Agamenón*: aprender con dolor.

Por tanto, el significado de la tragedia griega, sea en Esquilo o en Sófocles, no es tanto el de ‘catástrofe’, como se entiende por «tragedia» en la actualidad, ni ‘caída en la desesperanza’, sino el de ‘ser un hombre singular, un ser humano que se equivoca, el nacer como hombre y expresar su voluntad de ir más allá de lo humano: ser héroe’. El error consiste en considerar que el hombre nace como un ser divino o casi divino y dotado de todo cuanto necesita. La tragedia devuelve a su protagonista a la verdadera dimensión de su existencia: la humana, la de un ser mortal, natural, con la cualidad de disponer de inteligencia para su desarrollo si *voluntariamente* quiere, además de los otros atributos propios del mundo animal. Recordemos que la tragedia caracteriza a sus protagonistas como aquellos personajes que «*quieren ser héroes*»; de ahí que en todas las tragedias auténticas se manifieste en algún momento ese acto de voluntad del protagonista. En algunas tragedias de Eurípides ese acto de voluntad queda diluido o sustituido y por eso no resultan tan trágicas y las denominan «dramas».⁹

Pero si el héroe ya no podía resurgir porque las características históricas que favorecían la épica habían desaparecido, al igual que las trágicas, ¿qué otra *forma de ser* le quedaba al hombre, al hombre griego, que no fuera ni épica, ni trágica ni, claro está, cómica? Y Zambrano recuerda la del hombre griego filósofo. Este no es héroe, sino que acude al mismo hombre que encuentra en la naturaleza y se fija en su rasgo diferenciador de los otros seres naturales: el pensamiento, la reflexión, la *filo-sofía* en su sentido etimológico: ‘amor al saber’; y surge una filosofía natural que da sus primeros pasos con Tales de Mileto y los filósofos presocráticos; se observa la naturaleza desde una perspectiva más técnica y científica que exclusivamente filosófica; hay urbanismo, arquitectura, medicina, farmacopea, hidrología, astilleros, arte de la guerra, poliorcética, etc.; por tanto, se fundamenta un orden racional inspirado en la naturaleza y en la capacidad humana de transformar el paisaje natural para adaptarlo a las necesidades del hombre, como la *téchne iatriké* o medicina, que nace y se desarrolla a partir del siglo VI y alcanza su primer momento destacado con Hipócrates de Cos, considerado el padre de la medicina, en el siglo V a.C., etc. El hombre tenía ya una naturaleza y había descubierto que tenía un ser que implicaba un orden, una ley

9. En la épica griega el héroe *es* héroe, no hace un acto de voluntad para serlo; es por sí mismo desde que nace un héroe, mejor o peor, pero es como es y no lo cambiará nada ni nadie; si algún poeta convierte a ese héroe épico en protagonista de un poema lírico será ya otra cosa, pero ya no un héroe épico, pues el género literario griego tiene sus pautas para cada uno de sus personajes. Los héroes de la genuina épica, la griega y solo la épica griega arcaica, son como son; los caracteriza su *esencia*: son héroes. En cambio, en la tragedia, los héroes son presentados como *queriendo* ser héroes ante el público que los contempla, porque Prometeo quiere ayudar al indefenso hombre para burlarse de Zeus; porque Edipo quiere acertar en la respuesta de la Esfinge para proseguir su camino; porque Antígona quiere enterrar a su hermano Polinices, ya que los dioses subterráneos reclaman la sepultura del cadáver; etc. Todos los héroes de las tragedias clásicas manifiestan en un momento dado su voluntad de hacer lo que deben hacer, aunque vulnere algunas leyes. En cambio, la comedia nos presenta no a un héroe, sino a un protagonista que *Cree ser ya el héroe que quería ser... sin conseguirlo jamás*; todo lo contrario, provoca la burla, se convierte en el hazmerreír del auditorio: es la errónea sugestión del ingenuo que considera que es un héroe sin reunir ninguna de las condiciones necesarias.

y una armonía; la naturaleza humana se distinguía por ser racional. Así pues, el hombre descubre su singularidad diferenciadora del resto de la naturaleza, tiene una razón y desde entonces vive con una fe propia que lo singulariza en el conjunto de seres naturales y lo extiende a todo el Occidente. Después, ese hombre ha insertado el cristianismo en su nueva forma de hombre antiguo cristiano cuya vida experimenta periódicas crisis.

15. La humanización de la historia

En el siguiente capítulo, que versa sobre la humanización de la historia, Zambrano explica cómo el hombre, a veces, conoce las cosas cuando ya no puede cambiarlas, de modo que, a fin de evitarlo, sería conveniente insertar el conocimiento en el proceso de la vida de cada uno: la personal y la histórica; para ello, el hombre de Occidente cuenta con la libertad. Y propone que haya un tránsito desde el modo trágico de hacer la historia hasta el modo libre, que sería una historia ética (véase el epígrafe 10). Por otro lado, Zambrano refiere el conflicto del hombre occidental que consiste en resolver el problema («nudo», dice Zambrano) de la historia de Occidente, que es el absolutismo, entendido como un querer algo absolutamente, sin más, y otro absolutismo que incluye una teoría, un sistema y un método. Y como el querer algo implica acción y reflexión, resulta paradójico que primero ejerza su voluntad actuando y después de actuar piense lo que debería haber hecho; porque —como decía Ortega y Gasset— en el interior del hombre anida la esperanza, y bajo la esperanza, el anhelo, que suele ser indefinido, dado que se anhela aquello de lo que uno carece. Pero el anhelo debiera tener un límite, porque consiste en que algo venga a nosotros, mientras que la esperanza significa que el que espera acude hacia lo que está esperando. Ya Ortega decía que la vida no estaba compuesta de hechos, sino de situaciones, pues había que considerar las circunstancias en las que algo se producía. *Y el absolutismo ha llegado a ser nuestro gran pecado, pues niega lo que quiere: realizarse íntegramente.*

Zambrano recorre las propiedades que caracterizan el anhelo (denuncia de un vacío), la esperanza (movimiento hacia algo, sueño), la voluntad (querer algo conscientemente), las formas de ensoñarse (la correcta sería ir desprendiéndose del poder al mismo tiempo que se ejerce) y de endiosarse (produce crimen para exaltar absolutamente a la persona) hasta llegar al crimen de la historia (el haber olvidado que ciertos horrores ya habían sucedido antes y que han vuelto a suceder). Todo este recorrido desemboca en la *embriaguez de querer «crear» algo nuevo desde la nada*, como si de un Dios se tratara; pero al fracasar, destruye lo falsamente creado hasta hundirse en la nada.

16. Anagnórisis (reconocimiento) y enajenación

Continúa la escritora malagueña apuntando a una imagen de la vida histórica que fija en el siglo V a.C., cuando en la tragedia griega se

representa el drama del personaje que avanza como a ciegas o como si soñara, tropezando, sin saber realmente cuál es su verdadera identidad y solo despierta de ese sueño tras haber cometido el error y tras haber pensado en lo que le ha ocurrido. Ese reconocimiento, del error en este caso, es lo que los griegos llamaron *anagnórisis*, momento en el que aparece la auténtica identidad del personaje, este admite su error y asume su culpa o responsabilidad. Es entonces cuando en la tragedia se produce la purificación de la mancha producida por una falta anterior, y la peste que se había extendido por la ciudad desaparecía.

También se ha comentado la enajenación del hombre en el sentido de que uno no se reconoce a sí mismo y no es fiel a su propia condición; el materialismo de la historia de Marx y Engels interpretó esa enajenación del hombre desde la perspectiva de la lucha de clases sociales, patronos y obreros, como el fundamento para una acción revolucionaria; no les interesaba a estos dos teóricos del marxismo el hombre en sí. La enajenación va mucho más allá de la simple lucha de clases, pues se muestra en todos los aspectos de la vida humana sea con uno mismo, o sea socialmente. De hecho, el hombre ha estado enajenado siempre y solo ha ido logrando abandonar una parte de su enajenación cuando, con el pensamiento, ha ido descubriendo sucesivas razones, sucesivas verdades parciales.

17. Persona y máscara

A continuación, María Zambrano reflexiona sobre la «persona». En ella incluye el yo y lo trasciende en cuanto que es vigilia, atención, guardián. La persona, dice Zambrano, es una forma, una máscara con la que afrontamos la vida, la relación y el trato con todo lo demás, sea divino o humano. La persona es moral y verdaderamente humana cuando incluye la conciencia, el pensamiento, determinado conocimiento de sí misma, un cierto orden previo a todo trato y acción, y cuando recoge lo más íntimo del sentir, la esperanza. Puede ocurrir que uno se forme una imagen ficticia, máscara de una pasión, y actúe desde ella engañosamente. Para Zambrano, toda moral heroica está fundada en una enajenación y es héroe quien logra coincidir consigo mismo.

En la historia ha ocurrido que el que creía que era ya un ser exigía un esfuerzo añadido de voluntad y de ánimo hasta llegar al extremo del esfuerzo, olvidando otras necesidades y los propios límites; en realidad, ha señalado una meta a su esperanza y una especie de enamoramiento que se hace voluntad. Ese amor y esa voluntad surgen por una fe unificadora que se ofrece y se entrega, porque entiende que ha logrado algo que mejora su situación anterior, y la ofrece a los demás, para que todos se puedan beneficiar de ella, por lo que la convierte en universal e íntima al mismo tiempo. Y Zambrano añade una distinción: puede aparecer esa identificación de lo universal e íntimo en forma de amor, como en don Quijote cuando

10. Véase Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial, op. cit.*, pág. 81.

siente el amor por Dulcinea y lo expresa, creyendo que ese amor ha de ganarlo, merecerlo y actuar con justicia (ética); mas también puede aparecer en un plano universal, cuando se vive con vistas a todo el mundo, sea como los cruzados creían o como hoy hacen muchos científicos que se entregan al descubrimiento de una verdad científica o a una causa que exige sacrificio (como en la vocación religiosa), de manera que se aspira a lograr una intimidad con lo universal y trascendente. Pero el amor es siempre delirio y, cuando hay delirio, cabe la posibilidad de una nueva enajenación y de la aparición de un nuevo absolutismo. Esa reaparición posible del absolutismo dejará de ser una amenaza de futura reaparición, concluye Zambrano, cuando la persona se haya adentrado en la conciencia y la sociedad haya dejado de ser un lugar de sacrificio. Ser persona es algo absoluto, pero un absoluto que no se proyecta sobre el tiempo histórico, aunque ha tenido que existir para que la historia se haya humanizado.¹⁰

18. Libertad, tiempo y absolutismo: el laberinto de Creta

Con el fundamento de Ortega, María Zambrano sigue aportando ideas sobre el absolutismo y a propósito de que la sociedad tiene una estructura sacrificial. De Ortega recuerda que decía que «somos necesariamente libres» cuando hablaba de la razón vital, porque, además de ser el medio de vida, uno es libre aunque no quiera o no sepa serlo, si bien la libertad no se ejerce de igual manera por parte de quien sabe que es libre y del que no es consciente de esa libertad. Y tal libertad se puede tener cuando uno dispone de un tiempo propio para hacer lo que quiera. Esta distinción lleva a la consideración de que el ejercicio de la libertad necesita disponer de tiempo; de un tiempo que logre que la razón se convierta en instrumento adecuado para el conocimiento de la realidad, y la realidad inmediata es el mismo hombre. Así el tiempo humano es aquel que el mismo hombre puede convertir en su camino de libertad.

Acude Zambrano a otro mito griego, el del laberinto de Creta (véase el epígrafe 9), para explicar el tiempo como camino o tránsito hacia la libertad. Es Teseo el héroe ateniense que, encerrado en el célebre laberinto, estaba condenado a ser herido y muerto por el Minotauro, junto con los restantes jóvenes atenienses que anualmente se enviaban como ofrendas para el monstruo. La joven Ariadna, hija de Minos, se enamoró de Teseo y urdió la estrategia de regalarle un largo ovillo de hilo para que Teseo fuera marcando su camino por el interior de aquel retorcido espacio con el fin de, muerto el Minotauro, poder abandonar el laberinto. Así sucedió, aunque luego, tras salir de Creta acompañado de Ariadna, la abandonó en una isla antes de regresar a Atenas; Teseo terminaría casándose con Fedra, hermana de Ariadna. El héroe Teseo no habría sabido salir solo del laberinto y habría muerto allí dentro abandonado; sin embargo, le ayudó Ariadna con el famoso ovillo. Una vez más el hombre resulta victorioso no por su fortaleza solo, sino por la ayuda de una mujer;

de no ser por ella, su victoria sobre el Minotauro habría sido insuficiente porque no habría podido salir del laberinto. El laberinto es el tiempo humano: no hay que hacer de él un absoluto, un círculo hermético, pues para el hombre ese absoluto tampoco es tal, siempre puede haber un resquicio por el que ese círculo, (aparentemente) hermético, tenga una salida. Si el tiempo fuera un absoluto, sería el hombre quien artificialmente lo estaría haciendo.

19. El proceso de humanización de la sociedad

Zambrano tituló la tercera parte de su libro «La humanización de la sociedad: la democracia», en la que quería decir que el hombre habría entrado en una etapa nueva de la historia de la humanidad desde el momento en el que percibió que, como hombre, estaba viviendo necesariamente en una sociedad, dentro de ella, y que solo en ella cobraba su sentido. En una etapa histórica anterior se afirmaba que el hombre se relacionaba con la naturaleza, pero esa relación era aislada, cuando el hombre se había perdido en ella o se había enfrentado con ella para conocerla.

Antes de esa relación existió otra con los dioses, pues aquel hombre antiguo en su grupo, tribu o pueblo demandaba protección de aquellos seres divinos mientras le fueron propicios, hasta que esa protección dejó de funcionar. El hombre debió sentir entonces una soledad como individuo que produjo la aparición de la envidia y, con ella, la tragedia de una sociedad fundada en el sacrificio no aceptado: una primera forma de desigualdad entre los hombres (hombres que saben algo, hombres que creen saber y hombres que no saben).

La soledad del hombre le daría una dimensión nueva: la intimidad, en la que está cuando se da cuenta de la nueva situación, tiene que vencer el espanto inicial de estar solo y de no saber quién o quiénes pueden estar cerca. Y llega un momento en que se habitúa a esa soledad y vive de nuevo: es como un terror inicial que triunfa sobre la muerte; un pánico inicial que se suele superar con una relación con lo otro, con el otro, con los otros.

20. Individuo y sociedad

En este segundo apartado del capítulo tercero la reflexión de Zambrano gira en torno al pensamiento de Ortega y Gasset cuando habló de la diferencia entre creencias e ideas: en las creencias se está, las ideas se tienen. Explica Zambrano el sentido preciso de algunas expresiones como la de «individuo» e «individualismo» o la de «liberalismo político» en la democracia. Y rectifica la tendencia general del hombre a identificar el futuro con el origen [de algo nuevo], cuando de manera revolucionaria, creyendo que lo que pretende es algo absolutamente nuevo, lo proyecta en un pasado a modo de Paraíso o de Edad de Oro. Y concluye que no es posible

asentar el futuro sobre el pasado. Prosigue matizando la propuesta de Ortega de que «si la historia es [un] sistema», no puede ser como los sistemas lógicos, porque el sistema de la historia no depende de la lógica, sino que se fundamenta en el tiempo futuro, algo que aún no es sino un proyecto, y esta interpretación replantea el conflicto de individuo y sociedad con una solución posible en la idea de Estado (Hegel), que termina siendo una nueva deidad, y en la idea de Rousseau, cuando proponía lo contrario: que fuese desde el individuo como se lograra un pacto interindividual. Si, como decía Ortega, la historia es sistema y se expresa en forma de razón narrativa (no con premisas y consecuencias), la conclusión a la que Zambrano llega es una visión o descubrimiento: el de la *persona*, es decir, del *individuo dotado de conciencia*, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo: es un futuro por descubrir, mas no una realidad presente ya explícita.

Sigue un epígrafe dedicado a la primera aparición del individuo —sería mejor decir ciudadano—, que acaeció en la polis griega a partir del siglo VII a.C., cuando esta sociedad abandonó los sistemas tribales, el régimen de fratrías y reinos, así como en otros ámbitos geográficos los sistemas de monarquías absolutas orientales y egipcias. Ser individuo era un privilegio divino —incluso, entre los hebreos, se consideraba que ellos eran no el individuo, sino el pueblo elegido por Dios—. La polis griega significaba la integración en ella de la familia, de la tribu y de la fratría: el individuo griego, es decir, el ciudadano, es uno más entre los restantes ciudadanos, al que por elección se le encomienda la función de gobernar; por tanto, aparece el político elegido en asamblea de ciudadanos, no un heredero o un conquistador del poder por las armas. De esta forma, el hombre griego se presenta como individuo libre de los lazos familiares, tribales, «fraternos», de clase o de sangre.

Es importante señalar que hubo esclavos y que existía una diferencia entre el trato que recibían los esclavos públicos —del Estado, de la polis— y el de los esclavos privados, que solía ser mejor por propio interés del amo.

Zambrano distingue lo que se entiende por clase y por individuo. La clase social de los hombres libres no tiene un ancestro que los denomine y caracterice, a diferencia de la familia, tribu y fratría; ha perdido su cualidad sagrada y, por tanto, es solo una agrupación humana; y constituye una clase social: la de los ciudadanos libres. Es así como en Grecia surge a la vez el hombre (libre), el ciudadano, el hombre sin ninguna máscara, y, al mismo tiempo, perdura el grupo de los esclavos, de quienes no alcanzaban el nivel de ciudadanía.

La nueva condición del hombre valdrá más que antes al ser, primero, hombre libre y, en segundo lugar, tener un valor distintivo respecto al esclavo. Ya no influye su origen de sangre ni tampoco que haya estado revestido de poder. Lo que cuenta desde que el hombre es

considerado ciudadano y libre es el hecho de que se convierte, se «revela» como medida, como una unidad constitutiva de una sociedad nueva: la polis.

Zambrano vuelve al tema de las ideas y creencias de Ortega y Gasset para recordar los puntos que distinguen las unas de las otras:

- Las ideas son hijas de la duda, pensamientos que surgen de la soledad del hombre y, por tanto, son individuales; quien piensa en ideas está pensando orientado hacia el futuro y lo prepara.
- Las creencias pertenecen al pasado y las usamos y aplicamos sin darnos cuenta en muchas ocasiones, dado que vivimos de ellas; las creencias no solemos pensarlas, sino que las sentimos llegar de un pasado más o menos lejano y nos dan seguridad cuando el porvenir se oscurece y se cierra. En las sociedades primarias solo hay creencias, entre las cuales destacan religiones cuyos dioses se enmascaran y, a veces, aterrorizan a los hombres, lo que impide que en dichas sociedades haya libertad. Por otro lado, las culturas en las que el hombre no se ha revelado en su valor propio, como ser racional, no pueden tener filosofía, sino tal vez una sabiduría o una poesía religiosa o narrativa, pero sin capacidad de razonar *humanamente*, porque se carece de libertad para pensar y actuar.

El ejemplo opuesto a lo anterior es el que ofrece Grecia a partir del siglo VII a.C., cuando Tales de Mileto pregunta y trata de resolver problemas aritméticos y geométricos, de ingeniería y construcción, etc. Y le seguirán Heráclito y Parménides, Jenófanes, Anaximandro y Anaxímenes, y otros más, con las preguntas sobre el ser, el cambio, el principio, el cosmos, la esencia... Otra novedad fue lo que, junto con la tragedia (Edipo), aportaba la filosofía con Sócrates. Pero este cambio tardó décadas y siglos en irse imponiendo.

Zambrano recordará que Teognis de Mégara (localidad cercana a Atenas), quien vivió en el siglo VI a.C. (no en el siglo IV a.C., como erróneamente dice Zambrano en su primera edición y repite en las siguientes), cantaba en sus versos que «los hombres eran propiedad de los dioses». Si Sócrates dijo lo que dijo a finales del siglo V a.C. («Solo sé que no sé nada...») y fue condenado a muerte y ejecutado en el 399, la frase de Teognis no habría tenido sentido si se hubiese pronunciado en el siglo IV a.C. La actitud del hombre griego y su forma de pensar respecto a los dioses había cambiado radicalmente a lo largo del siglo V a.C. Sócrates será condenado a muerte por ser fiel a sus ideas y creencias y, sobre todo, por decir que era consciente de no saber nada y, por ello, ser el más sabio. Sócrates supo hacer gala de su condición de hombre libre cuando apelaba a su conciencia y a su pensamiento, dijera la polis lo que dijera; pero estaba dispuesto a acatar la sentencia que se dictase por respeto y coherencia de hombre libre que ha de aceptar el juego democrático. Y lo aceptó, a pesar de que le ofrecieron poder escapar de la cárcel; quiso que se cumpliera

la sentencia del tribunal para hacer patente el error de la justicia ateniense, por muy democrática que fuese considerada.

Hasta esos siglos de aparición del hombre como individuo, el hombre había aparecido siempre enmascarado como perteneciente a una clase social, en una función (pública) o como alguien extraordinario por encima o por debajo de lo humano. Al irse desarrollando este nuevo hombre en la vida ciudadana, se fue despojando de las máscaras para quedarse solo con la imagen simple de hombre. Pero dado que incluso con esa liberación el hombre no conseguía su pleno desarrollo ni, en sentido contrario, con un optimismo utópico tampoco lo habría logrado, el hombre griego libre se sintió fracasado también en la democracia y es que había olvidado o no sabía que ser hombre era ser una criatura en trance de continuo nacimiento.

21. La persona... humana

Característico del hombre es vivir haciendo historia, trascendiendo de un estado a otro, y esto es lo que significa «viviendo», siendo en cada instante un ser diferente en algo a lo que ha sido antes. De nuevo Ortega y Gasset es la referencia de partida cuando en su ensayo titulado *Ensimismamiento y alteración* comenta que el hombre tiene que ensimismarse, entendiendo que debe retirarse, aislarse por un tiempo, estar solo, por lo que, además de vivir como cualquier otro animal, vive también de otra manera. Esta diferencia que el hombre tiene respecto a la vida del resto de los animales consiste en la necesidad de mirarse en su interior, de estar solo, como san Agustín decía. Ortega también coincidirá en la necesidad del hombre de tener un «dentro», un interior, que le permita estar solo y reflexionar, pensar, dado que la verdad reside en nuestro interior. Un aislarse que podría ser entendido como un perder el tiempo, que en el castellano antiguo se decía con la expresión «matar el tiempo». En efecto, esta retirada de la vida pública, social, es una necesidad del hombre que lo diferencia del resto del reino animal. En la historia se ha dado —el mismo Ortega lo comenta— la existencia de gentes que se marcharon al desierto para vivir su propia vida, su tiempo individual, sin tener que compartirlo con nadie; en algunos casos, para consagrar su vida a Dios en una vida solitaria. Pero esa soledad era una apariencia de vida solitaria, dado que se retiraban al desierto para vivir más en compañía de Dios. Soledad que implica la responsabilidad de hacerse cargo de lo que se decide y se hace.

De esta forma surge la persona visible como si fuera el vaciado, en las circunstancias de esta libertad, de una intimidad invisible. Por ello, siendo la persona nuestra íntima y única verdad, podemos dejarla inerte, como yacente y dormida; pero requiere la decisión de que cada hombre, cada persona la invoque, y una vez que despierte de nuevo, vivir desde ella. Matiza Zambrano que no conviene hablar de porvenir en relación con la persona, sino de futuro, dado que

porvenir es lo previsible, mientras que el futuro es lo que todavía no existe.

Zambrano prosigue su explicación distinguiendo que la persona es la que «crea» al modo humano y tiene un sujeto personal —propio, específico—, pero la sociedad no es creadora, a menos que se hable metafóricamente. Recuerda la frase del emperador Marco Aurelio cuando decía que «jamás el sabio es un hombre privado», en el sentido de que su saber debe ser puesto en beneficio de la sociedad, porque también es la sociedad la que lo ha hecho posible. La sociedad representa la tradición (formas pasadas, creencias, pensamientos, ritos y costumbres...); y la persona representa el lugar donde el futuro se abre paso, y necesita un ayer que lo haga posible. Zambrano recordará los mitos griegos, en los que se profetizaba su grandeza: había profecías que se cumplirían en un futuro. Cuando las profecías se perdían, desaparecía la creatividad. Y concluye Zambrano afirmando que no hay civilización sin quimera, sin monstruo que deba ser vencido; el tiempo vive en la persona y por eso es necesario pensar, para volver sobre el pasado hecho ya una «cosa», un recuerdo, de tal modo que pueda ser traído al presente y que así prosiga hacia el futuro. Sin anticipación, el futuro no existiría; es el sacrificio recto que han realizado cuantos hacen un descanso o un vacío en su tiempo vital para recordar y pensar. A veces resulta una acción heroica: la persona humana tiene también su vida: respira en el tiempo (de su vida) y se alimenta de la verdad.

22. Democracia

El último capítulo del libro está dedicado específicamente al sistema político que es denominado «democracia», pero que Zambrano no lo entiende en su significado tradicional, es decir, 'el gobierno del pueblo' o 'el pueblo es el que gobierna'. Zambrano lo entiende de manera singular: «es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona». Y dice «persona» para oponerla al término más común que es el «individuo», es decir, una unidad (dentro de una sociedad) que no se puede dividir en más partes. Justifica el cambio en la definición por «persona», porque este concepto aporta algunos semas añadidos que no están en el concepto «individuo». En efecto, persona conlleva necesariamente la idea de hombre, que no es obligada en individuo, y la de edad adulta, porque se entiende que para los fines que se persiguen en política se debe estar ya en una etapa vital en la que se ha alcanzado una cierta madurez. Además de otros matices que distinguen ambos términos, Zambrano se centra en lo propiamente humano del régimen o del sistema político de la democracia, porque aspira a humanizar la sociedad y, de paso, la historia. Tiene razón Zambrano cuando dice que todos los regímenes actuales se han hecho denominar «democracias», desde los Estados Unidos de América hasta la China de Mao Tse-Tung o Corea del Norte, por no hablar de las llamadas Repúblicas Democráticas de los regímenes socialistas y comunistas que han perdurado

por cuatro continentes y la excepción de Oceanía. Justifica Zambrano la supresión del término «pueblo», porque el mismo concepto de democracia ya no coincide en el concepto «pueblo», amenaza de desvirtuación de significado que también se produce en los términos «libertad» e «individuo».

Es el futuro lo que ha provocado el cambio semántico de esos términos; un futuro cada vez más cercano al haberse ampliado la extensión de personas o individuos que entran dentro del sentido de 'democracia'. Por ello Zambrano ha propuesto sustituir el término «pueblo» por «persona», dado que este es anterior a la división de clases en pueblo y aristocracia. Así pues, lo llamado a subsistir es el concepto «persona», que puede llegar a ocupar toda el área de la realidad humana. El pueblo pasaría a ser el sustrato de toda la historia y abarcaría a todos los hombres del planeta. Tendría a su favor el aparecer como origen; por tanto, como algo divino o con caracteres divinos.

Otros escritos a modo de ensayo completan este libro y versan sobre estos temas: demagogia, masa, minoría, y pueblo en una democracia naciente, que inciden en algunos aspectos que se han comentado en las páginas anteriores.

23. Conclusión

Hemos hablado de Ortega y de Grecia en los anteriores apartados por el vínculo que, desde nuestra perspectiva, hay en dos ejes del pensamiento de Zambrano: su maestro en filosofía y el fundamento de lo clásico (especialmente helénico) en sus ideas y principios. En once apartados, nuestro comentario ha girado en torno a Ortega; en quince, lo ha hecho en torno a lo clásico. Son dos de los pilares que sustentan el pensamiento de María Zambrano, pero no son los únicos. Recuérdese el importante papel que para la pensadora tuvo su padre, Blas José Zambrano García de Carabantes, maestro y escritor. He aquí dos títulos que recogen la amplia actividad escritora de su padre: *Artículos, relatos y otros escritos* (de José Luis Mora, Badajoz, Diputación de Badajoz, 1998) y *El arte de resumir. Resumen de la Historia del Pueblo Griego. Y Discurso de Apertura del Curso Académico 1910-1911* (de quien esto escribe, con prólogo de José Luis Mora, Madrid, Ediciones Clásicas, 2015).

Valgan a modo de conclusión sus palabras finales, que son, a la vez, un tributo más al maestro Ortega y un avance en la esperanza de una humanidad mejor, cuando Zambrano explica:

«Vivir humanamente es tener que elegir entre las circunstancias», dice el filósofo español Ortega y Gasset, al enunciar la Razón Vital. Mas hay una elección previa, decisiva entre todas: la que uno hace de sí mismo. Siempre he entendido la afortunada fórmula de Ortega: «somos necesariamente libres» como equivalente a ésta: «somos necesariamente

persona(s)». Mas no es lo mismo, si además de serlo necesariamente, se quiere serlo, pues entonces se coincide con el propio ser libre. Se actualiza la libertad. [...] *Mientras que la realidad se hace más real al par que se ordena, para el que se ha aceptado a sí mismo como persona, la realidad es vida para ella.* Mas hay un modo de afirmarse como persona, un modo trágico que es afirmarse en personaje; el personaje es siempre trágico; bajo él gime la persona y para liberarse un día se precipita en tragedia, después de haber precipitado a lo que de ella dependió. Si el hombre occidental arroja su máscara, renuncia a ser personaje en la historia, quedará disponible para elegirse como persona. Y no es posible elegirse a sí mismo como persona sin elegir, al mismo tiempo, a los demás. Y los demás son todos los hombres. Con ello no se acaba el camino; más bien empieza.¹¹

11. Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, op. cit., pág. 165.

24. Brevísima bibliografía

- ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas*, 10 vols., Madrid, Taurus-Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010.
- PINO CAMPOS, L.M., *Estudios sobre María Zambrano. El magisterio de Ortega y las raíces grecolatinas de su filosofía*, San Cristóbal de La Laguna (Santa Cruz de Tenerife), Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2004. [555 páginas].
- «La trascendencia de Sófocles en la filosofía de María Zambrano», en Pino, L.M. / Barreto, J. / Martínez, M.J. (eds.), *Congreso Canariense sobre el teatro de Sófocles. Desde la Antigüedad a nuestros días. Obra, pensamiento e influencias*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2007, págs. 141-180.
- «*Antígona* y sus circunstancias» en *Fortunatae*, n.º 21, La Laguna (Santa Cruz de Tenerife), 2010, págs. 163-188.
- *El arte de resumir. Resumen de la Historia del Pueblo Griego. Y Discurso de Apertura del Curso Académico 1910-1911*, con prólogo de José Luis Mora, Madrid, Ediciones Clásicas, 2015.
- PLUTARCO, *Vidas paralelas*, II: *Pericles*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos n.º 215, 1996.
- ZAMBRANO ALARCÓN, M., «Hacia un saber sobre el alma» en *Revista de Occidente*, año XII, n.º 138, Madrid, 1934, págs. 261-276.
- *Persona y democracia*, Puerto Rico, Talleres de Artes Gráficas del Departamento de Instrucción Pública del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, 1958, serie III, MCMLVII, n.º CXXXVIII. [146 páginas].
- *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Barcelona, Anthropos, 1988. [Con un prólogo. 169 páginas].
- *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Madrid, Siruela, 1996 (3.ª ed.). [208 páginas].
- ZAMBRANO GARCÍA DE CARABANTES, B.J., *Artículos, relatos y otros escritos*, introducción, edición y notas de José Luis Mora, Badajoz, Diputación de Badajoz, 1998.

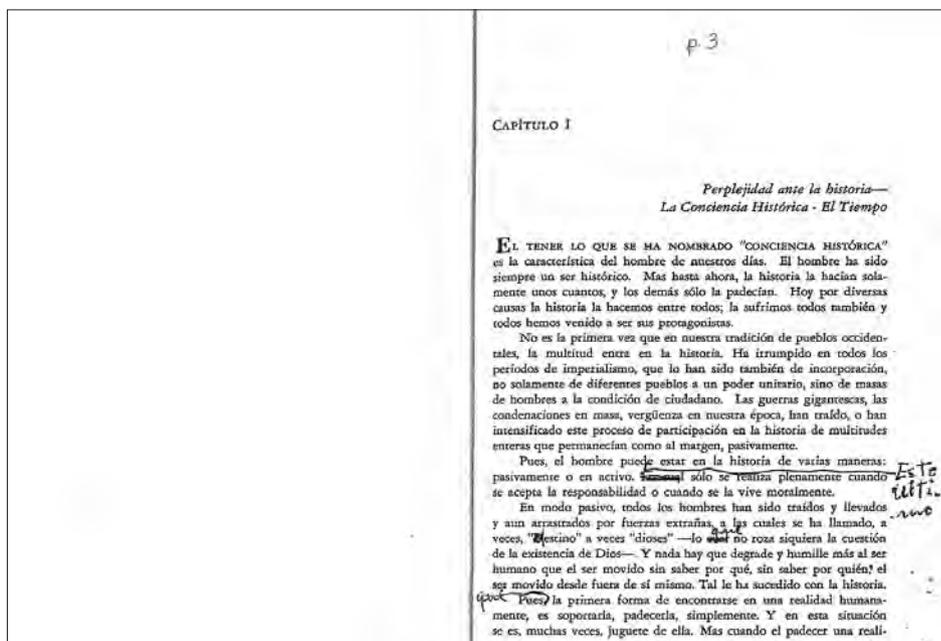
Anexo

Correcciones manuscritas de María Zambrano sobre un ejemplar de la primera edición de *Persona y democracia*. Se adjuntan primeras páginas fotocopiadas con correcciones manuscritas.

Hace unos años, con ocasión de impartir un curso de Filosofía y Poesía en la Universidad de La Laguna, al final de mi intervención se me acercó una alumna, de nombre María, madrileña, quien se había trasladado a Santa Cruz de Tenerife y me informó que tenía un libro de María Zambrano con algunas anotaciones manuscritas hechas por la autora y que ese libro se lo había regalado la propia Zambrano a su padre, un antiguo soldado republicano que la había conocido durante la República y que, casualmente, al regresar María de su exilio e instalarse en Madrid, habían coincidido en vivir en la misma casa, puerta con puerta. Pues bien, la hija de este señor, ya fallecido cuando me dio esta información, conservaba cartas y escritos de su padre con María Zambrano, además de un ejemplar de este libro, *Persona y democracia*, primera edición (Puerto Rico, Talleres de Artes Gráficas del Departamento de Instrucción Pública del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, serie III, MCMLVII, n.º CXXXVIII), que María Zambrano le había regalado y en el que ella había anotado algunas correcciones a mano en sus seis primeras páginas.

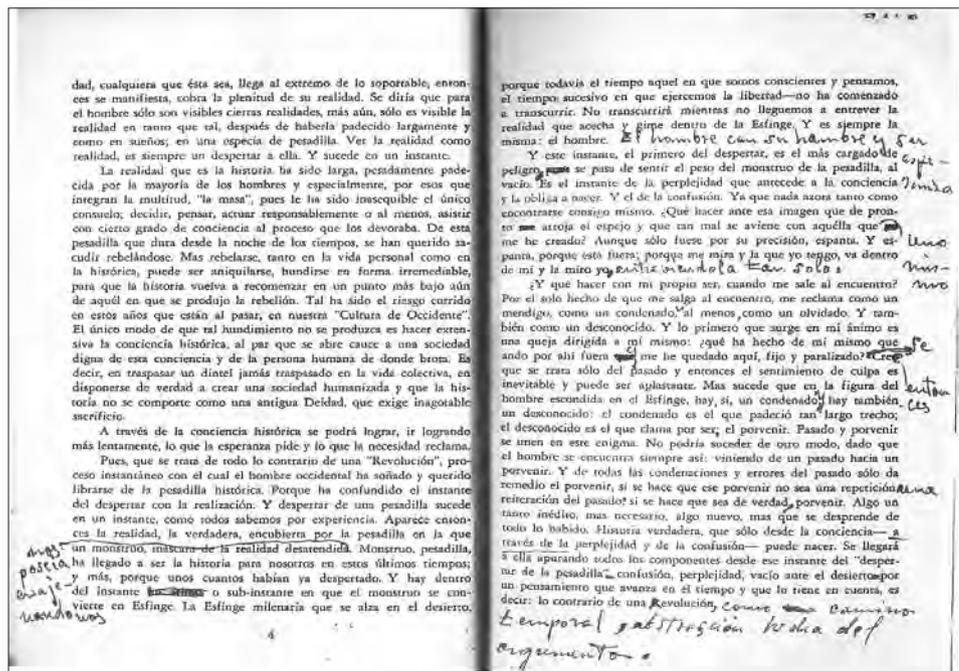
Con mi público agradecimiento a esta alumna por haberme prestado su ejemplar impreso, añadido las correcciones que María Zambrano hizo en las seis primeras páginas de este ejemplar. Está claro que Zambrano no quiso o no pudo seguir corrigiendo su libro, pero es un testimonio auténtico por el fácil reconocimiento de su escritura manual.

- 1) Capítulo 1, página 3, párrafo 3, línea 2:
Dice: «Lo cual sólo se realiza...».
Debe decir: «Este último sólo se realiza...».
- 2) *Idem*, página 3, párrafo 4, línea 3:
Dice: «... “Destino” a veces “dioses” —lo cual no roza siquiera...».
Debe decir: «... “destino” a veces “dioses” —lo que no roza siquiera...».
- 3) *Idem*, página 3, párrafo 5, línea 1:
Dice: «Pues la primera...».
Debe decir: «Pues que la primera...».
- 4) *Idem*, página 4, párrafo 4, línea 7:
Dice: «... máscara de la realidad desatendida...».
Debe decir: «... máscara de la realidad desatendida, nos poseía enajenándonos».
- 5) *Idem*, página 4, párrafo 4, línea 10:
Dice: «... del instante un átimo o sub-instante...».
Tacha: «**átimo**».-
[La frase queda cortada; ¿querría decir Zambrano: «... del instante un sub-instante...»?].

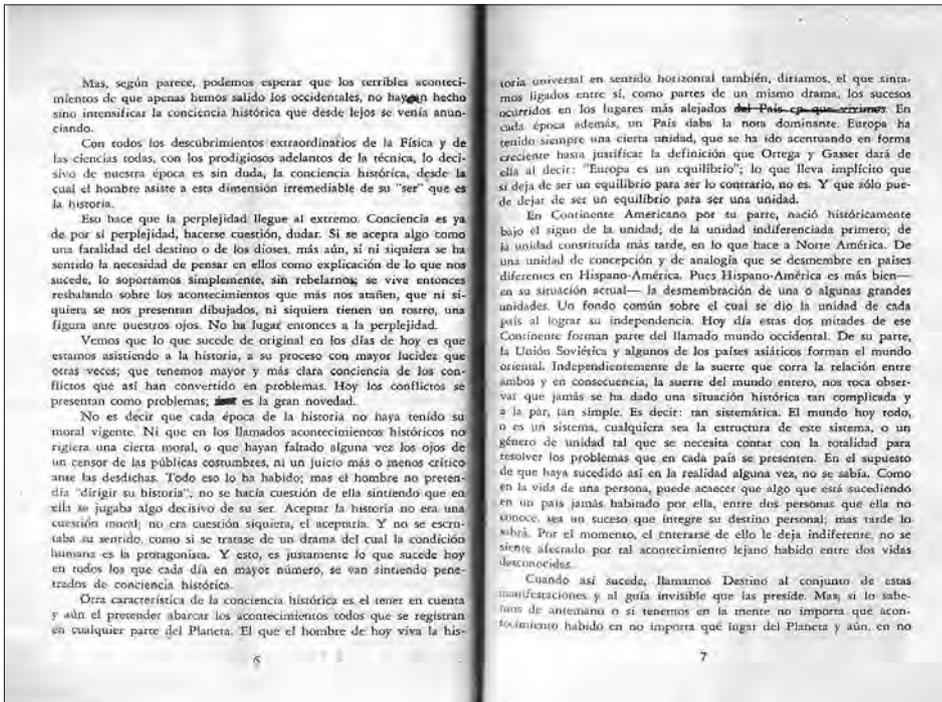


- 6) *Idem*, página 5, párrafo 1, línea 5:
Dice: «... misma: el hombre».
Debe decir: «... misma: el hombre. El hombre con su hambre y su esperanza».
- 7) *Idem*, página 5, párrafo 2, línea 2:
Dice: «... peligro pues se pasa...».
Debe decir: «... peligro, se pasa...».
- 8) *Idem*, página 5, párrafo 2, líneas 6-7:
Dice: «¿Qué hacer ante esa imagen que de pronto me arroja el espejo y que tan mal se aviene con aquélla que yo me he creado?».
Debe decir: «¿Qué hacer ante esa imagen que de pronto arroja el espejo y que tan mal se aviene con aquélla que uno mismo ha creado?».
[En el ejemplar que tengo no aparecen tachadas las palabras «me he», solo «yo»; pero por la concordancia ha sido posible reconstruir la expresión que Zambrano habría querido poner].
- 9) *Idem*, página 5, párrafo 2, línea 9:
Dice: «... de mí y la miro yo».
Debe decir: «... de mí y la miro yo, entreviéndola tan solo».
- 10) *Idem*, página 5, párrafo 3, línea 3:
Dice: «... como un condenado, al menos como un olvidado».
Debe decir: «... como un condenado, al menos, como un olvidado».
- 11) *Idem*, página 5, párrafo 3, línea 6:
Dice: «... ando por ahí fuera que me he quedado aquí, fijo y paralizado? Creo...».
Debe decir: «... ando por ahí fuera y me he quedado aquí, fijo y paralizado? Se cree entonces que se trata...».
- 12) *Idem*, página 5, párrafo 3, línea 9:
Dice: «... un condenado; hay también...».
Debe decir: «... un condenado; y hay también...».

- 13) *Idem*, página 5, párrafo 3, líneas 15-16:
Dice: «... una repetición, reiteración del pasado, si se hace que sea de verdad, porvenir».
Debe decir: «... una repetición, una reiteración del pasado; si se hace que sea de verdad porvenir».
- 14) *Idem*, página 5, párrafo 3, líneas 18-19 [variante no marcada en el ejemplar de Zambrano]:
Dice: «... —a través de la perplejidad y de la confusión— puede nacer».
Dice en las ediciones de 1987 y 1996: «... —mediante la perplejidad y la confusión— puede nacer».
- 15) *Idem*, página 5, última línea:
Dice: «... una Revolución».
Debe decir: «... una revolución, como camino temporal y abstracción hecha del argumento».



- 16) *Idem*, página 6, párrafo 1, línea 2 [errata corregida en las siguientes ediciones]:
Dice: «... no hay un hecho...».
Debe decir: «... no hayan hecho...».
- 17) *Idem*, página 6, párrafo 4, línea 5 [errata no corregida en las siguientes ediciones]:
Dice: «... ésta es la gran novedad».
Debe decir: «... es la gran novedad».
- 18) *Idem*, página 7, párrafo 1, línea 3:
Dice: «... lugares más alejados del País en que vivimos. En cada época...».
Debe decir: «... lugares más alejados. En cada época...».
[La palabra «País» aparece con mayúscula inicial en la primera edición, pero en minúscula en las siguientes].



19) *Idem*, página 8, párrafo 2, línea 5:

Dice: «... cierta; quiere decir, saber...».

Debe decir: «... cierta; saber...».

20) *Idem*, página 8, párrafo 3, última línea:

Dice: «... la locura».

Debe decir: «... la extrema enajenación».

